

En vano el gobierno dominicano había intentado un acuerdo realista y honorable que salvaguardase la independencia del país del Caribe. Los Estados Unidos decidieron asegurar los intereses que consideraban vulnerados y ejecutaron una operación como las que, lamentablemente, han caracterizado muchos capítulos de su política exterior. El capitán Knapp, de las fuerzas navales en Santo Domingo, lanzó una proclama el 29 de noviembre de 1916 y puso a este país bajo el «estado de ocupación militar», con el desembarco de las tropas, invasión del territorio y supresión del gobierno nacional.

Al ser avasallado, el presidente Henríquez y Carvajal dejó el país el 8 de diciembre y se trasladó a Cuba para organizar la campaña destinada a resistir al invasor extranjero y reconquistar la independencia dominicana.

Mientras tanto, Pedro, desde los Estados Unidos, seguía estos acontecimientos y el exilio de su padre con la preocupación solidaria que correspondía a sus sentimientos patrióticos y filiales. No era político pero comprendía las obligaciones que comportaba esta circunstancia dramática y así lo escribía a su amigo, el escritor mexicano Alfonso Reyes, en carta dirigida a Madrid, el 10 de enero de 1917, con una condena rotunda del proceder norteamericano:

Mi padre tuvo que abandonar el país, notificando al Congreso, pues la ocupación americana le ató las manos. Se publicará un folleto con los hechos y las notas. Esta gente, este gobierno yanqui, es una infamia. Te podría contar y no acabar. Prefiero no hacerlo... Yo creí que papá había podido renunciar y abandonar las molestias: veo que no ha renunciado, y que quizás aún vuelva. Pero puede ser que durante su ausencia se celebren elecciones y así acabe su responsabilidad.⁵

Esta actitud norteamericana avivó su animadversión contra los Aliados en la Guerra Mundial y la germanofilia a la cual lo había inclinado su admiración por la cultura alemana. Sin embargo, era derrotista en materia bélica pero pensaba que el triunfo de Gran Bretaña y sus aliados no era bueno para los países hispanoamericanos.

En esta materia había otro motivo de perplejidad: cualquiera que ganase la guerra pertenecería al mundo llamado «sajón», que le resultaba tan poco atractivo como el «latino». Así se lo decía a Reyes en carta de 21 de septiembre de 1917:

Sigo pensando en la guerra y sus partidos. No acabo de decidirme respecto de qué cosa sea más conveniente como resultado final. Triunfe quien triunfe, el triunfo será de la «raza sajona». La guerra es, hoy, Inglaterra y los Estados Unidos contra Alemania. Al comenzar la guerra, creía yo en las bondades de lo «sajón» —su moral, su filosofía, su estética—. Hoy no creo: tampoco creo en lo «latino»: no me importa, pues, que triunfe este o aquel principio «racial». Para decidir mi actitud, debería refugiarme en lo que le convenga a la América Latina. En apariencia, nos conviene el triunfo de Alemania. Pero, ¿y si sólo nos conviniera de un modo *pasivo*, porque Alemania no nos hará nada malo? Eso es lo más probable. Lo único que le conviene a la América española es algo que modere a los Estados Unidos; y eso no se ve de dónde puede surgir, como no sea de las egoístas naciones del ABC.⁶

Henríquez Ureña quería superar los falsos dilemas, basados en una concepción vul-

⁵ Pedro Henríquez Ureña-Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*. Tomo II. 1916-1944. Prólogo de Juan Jacobo de Lara (*Santo Domingo: Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña», 1981*), 42. Cfr. Max Henríquez Ureña, *Los yanquis en Santo Domingo (Madrid: Aguilar, S. A.)*.

⁶ *Epistolario íntimo*, 55-56.

gar de la cultura («razas sajonas y latinas»), para plantear el debate por la guerra en el nivel de las conveniencias reales de los países hispanoamericanos.

Cuando se produjo la ocupación norteamericana de Santo Domingo y el exilio de Henríquez y Carvajal, Pedro acababa de ingresar a la Universidad de Minnesota y su situación fue muy incómoda, por lo cual necesitó toda la firmeza de su carácter para sobrellevarla con dignidad. Guardó el respeto debido a la institución universitaria pero dejó en claro y a salvo sus derechos de hijo y patriota.

La ocasión para poner las cosas en su punto, la ofreció un diario, *The Minneapolis Journal*, que publicó una nota el 26 de septiembre de 1916 diciendo que el padre de un profesor de la Universidad había sido elegido Presidente provisional de Santo Domingo, pero que su hijo, una especie de «príncipe heredero» de la pequeña República Dominicana, prefería «reinar» sobre la clase de sus alumnos y, por lo tanto, se quedaría a enseñar en la Universidad, para lo cual ya había dado su palabra de compromiso, que mantendría.

En la entrevista incluida en la nota, afirmaba Henríquez Ureña que, aunque al principio Norteamérica no le había gustado, luego había preferido sus maneras abruptas y la franqueza de su pueblo a la elaborada cortesía de su propio país.

Esta nota dejaba a Henríquez Ureña en una posición ambigua y pronto tuvo una réplica en el mismo diario, el 1 de octubre, cuando aquél declaró que «no era un renagado» y agregaba:

Admiro a los Estados Unidos y a su gente. Ustedes son un pueblo grande y feliz; los de Santo Domingo somos chicos y pobres, pero mi lealtad está enteramente con mi patria. He sido acusado de preferir este país. No es así.⁷

En el mismo diario y el 3 de octubre publicó una carta que días antes había escrito Henríquez Ureña como respuesta a la entrevista mencionada. Sus términos eran claros y valientes en la definición de su personalidad:

Es de ti, mi país...

Al Editor de «The Journal».

Me veo obligado a corregir la afirmación de que podría preferir cualquier país a mi propio Santo Domingo. Creo que soy lo suficientemente cosmopolita para que me gusten todos los países, como de hecho lo hago, pero el mío, pobre e infeliz como es, es el mío, «acertado o equivocado», como ustedes dirían. No me gusta entrar en la comparación de diferentes países; lo que me gusta en cada uno de ellos es su carácter individual. Para que a uno le gusten los Estados Unidos no es necesario hacer comparaciones. En cuanto a mi trabajo en la universidad, no podía dejar de venir después de haber aceptado mi nombramiento y, naturalmente, estoy muy feliz de estar aquí.⁸

Cuando se produjo la invasión norteamericana a Santo Domingo, su situación ya se hallaba, pues, aclarada por completo. También participó intensamente en la campaña en defensa de los derechos dominicanos. Además de artículos, notas y conferencias, tales como «La República Dominicana» (1916), publicada en *Cuba Contemporánea* y mu-

⁷ Roggiano, Ob. cit., LXVIII. La traducción es nuestra.

⁸ ibid., LXX. La traducción es nuestra. El título de la nota reproduce el primer verso de un tradicional himno patriótico norteamericano: «My country, Tis of Thee».

chos otros, ayudó a su padre y a los diplomáticos de Santo Domingo en las gestiones que hicieron en Estados Unidos en favor de su patria. Entre el 21 de diciembre de 1916 y el 3 de enero de 1917 se trasladó a Nueva York para colaborar con Henríquez y Carvajal en la preparación de la documentación que a ese efecto se requería. Como ha dicho Alfredo Roggiano:

Es evidente que Pedro Henríquez Ureña estuvo preparando, con la minuciosa erudición y el escrúpulo documental con que él sabía hacerlo, con debida anticipación, sus alegatos destinados a demostrar que la intervención norteamericana en Santo Domingo era ilegal y violaba acuerdos internacionales suscritos por los países de nuestro continente.⁹

Artículos como «El despojo de los pueblos débiles» (1916), publicado en la *Revista Universal*, de México o «México and Pan-Americanism. The Dominican Republic. Another test of Mr. Wilson's Sincerity» (1916), en *The Minneapolis Journal*, muestran la solidaridad de Henríquez Ureña con el drama de su patria. Su formación intelectual, sus sentimientos y en fin, la tradición familiar y nacional que asumía, le permitieron atravesar esta etapa universitaria sin que la dedicación a su labor profesional amenguara en lo más mínimo su patriotismo. Un ejemplo de conducta moral, desde luego, pero también un modelo de humanismo americano que difícilmente podría entenderse fuera de nuestro contexto histórico, cultural y social.

IV

En junio de 1921 Pedro Henríquez Ureña dejó los Estados Unidos y se trasladó a México, invitado por su amigo José Vasconcelos, empeñado entonces en una verdadera cruzada educativa como Secretario de Educación del Presidente Alvaro Obregón.

Al partir, cerraba una etapa decisiva de su vida. Había recibido una formación profesional rigurosa pero más le había enseñado la frecuentación de las instituciones y la vida cultural y universitaria de los Estados Unidos, donde había encontrado el marco más adecuado a su vocación de profesor e investigador: bibliotecas organizadas, cómodas y bien abastecidas, clases regulares, estudiantes y catedráticos dedicados al estudio, estabilidad, seguridad y respeto al trabajo y a la persona como normas de la vida académica.

Allí se había documentado para los numerosos trabajos que publicó por esos años y los dos viajes que hizo a España, en 1917 y 1919-1920, para perfeccionar su preparación y editar su tesis doctoral, hubieran sido muy difíciles de realizar fuera de la Universidad de Minnesota. En primer lugar, por su precaria situación económica y luego porque sólo su trabajo universitario le permitió dedicarse por entero a la tarea intelectual. Su posición en Minnesota y los dos grados académicos —el de Master y el de Doctor— que en ella obtuvo facilitaron, sin duda, su inserción en el medio español en un rango destacado.

Por todo ello su juicio sobre los Estados Unidos tiene la autoridad que le confiere el haber vivido y trabajado allí, además de que, siendo un pensador y un escritor hispa-

⁹ Ibid., LXXV.

noamericano con una personalidad consciente de sus valores originales, no opinaba con la ligereza del turista ni con el resentimiento del marginado. En su visión de este país podemos apreciar, en suma, el equilibrio y la objetividad que lo distinguieron a través de toda su vida.

Según Henríquez Ureña, los Estados Unidos ofrecían el ejemplo histórico único de un país fundado sobre la utopía democrática, la cual, en cierto modo, había realizado. Esto explicaba sus ideales superiores: la conquista de la felicidad para la mayoría, como un bien moral que debía manifestarse en una elevación de la vida social.

Este ideal ético estaba basado, a su vez, en la religión puritana y en el orgullo racial, heredado de los ingleses, los cuales encuadraban su concepción peculiar de la democracia, considerada como el principal valor social, ya que el trabajo y el progreso económico sólo eran lícitos en el marco que brinda a todos la justicia de las posibilidades igualatorias.

Estos valores positivos permitían, sin embargo, deformaciones gravísimas, que Henríquez Ureña denunciaba:

En aquel organismo social hay dos males contradictorios que en el actual período de agitación se han recrudecido: de una parte, el orgullo anglosajón, suerte de pedestal aislador en el que se asientan las tendencias imperialistas, la moralidad puritana y los prejuicios de raza y secta; de otra parte, el espíritu aventurero, origen del comercialismo sin escrúpulos y del sensacionalismo invasor y vulgarizador.¹⁰

Los Estados Unidos estaban a la cabeza del mundo contemporáneo en lo que se refería al progreso material, con adelantos portentosos en la organización racional de la ciencia, la economía, la técnica, la sociedad y la política. El desarrollo individual armonizaba con el poder y la técnica sobre la base de servir al hombre en el pleno goce de la libertad, sin otra consideración que la igualdad de su condición humana.

Lo mismo que Martí, Henríquez Ureña valorizó el concepto de democracia vigente en Norteamérica, cuya importancia adquiriría toda su dimensión cuando se consideraba el tema decisivo de la educación.

La civilización norteamericana descansaba sobre el poder del pueblo, que se capacitaba gracias a una educación que la democracia había puesto al alcance de todos, como si la inteligencia y el talento bajaran de las alturas de una élite para situarse en el nivel popular.

Esa educación popular fijaba los ideales de la cultura de los Estados Unidos, cuyo centro era la felicidad del hombre en sociedad. Pero se les planteaba el problema de toda ética: ¿Dónde estaba ese bien moral? Para Henríquez Ureña, los valores que debían prevalecer en el hombre individual y en la sociedad eran los del espíritu; de ningún modo los instrumentales o técnicos, referidos al progreso material, a la perfección de las máquinas, al aumento del poder por medio del comercio y el dinero, al culto de la fuerza y el número, en resumen, a lo que sólo era eminentemente práctico y útil.

Como a Rodó, a Henríquez Ureña le preocupaba que el espíritu imitativo de los his-

¹⁰ Pedro Henríquez Ureña, Ariel, en *Obra crítica*, (México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1960), 27.